

La Capilla sIXtina

UN SOBRINO DE «EL LUTE»

Está visto que no puedo sacar-me de encima el tema de los «ligues». La semana pasada me salió del alma un grito de rebeldía contra el «ligue» a través de la concienciación de la mujer. Esta semana tendré que hablar del «ligue» mediante la marginación social. Está visto que el «ligue» se ha convertido en la principal preocupación colectiva del país. El otro día, recién dejada mi colaboración en TRIUNFO, me voy a casa de unos amigos, mis viejos amigos que han evolucionado del fascismo al castro-guevarismo-marcusiano-carlista-leninista-montserratino-social y representativo, donde me esperaba una de esas cenas a las que sólo puede atreverse un vasco. Yo no soy vasco, pero en cuestión de comer, como si lo fuera.

Changurro, pimientos rellenos, cordero a la chilindrón, leche frita. Desde el comienzo de la cena yo ya había observado que la criada estaba como muy acolorada, excitada, decía yo. Era jueves, y pensé: «A esta chica la he fastidiado yo la salida al venir de invitado». Y así se lo dije a mis anfitriones.

—No. Ni hablar. Merche no es nada inhibida y ya lo habría dicho. La tengo bien educada y no se guarda nada. Además, ha salido hasta las nueve y ha ido al baile.

Pero la chica estaba alterada. Se le notaba. No es que sea un síntoma suficiente el que me tirara un cuarto de bandeja de cordero a la chilindrón sobre la bragueta y que luego se me llevara el plato de cordero a la chilindrón que yo apenas había probado. Pero incluso en el arte de cambiar los cubiertos se le notaba una conmoción sísmica interior que finalmente se hizo evidente también para sus patronos. Mi amiga, en un intento casi circense de demostrarme sus habilidades comunicativas con los inferiores, la dijo con franqueza:

—Merche. Estás hecha un lío. ¿Qué te pasa, mujer?

—¡Ay! Ya tenía ganas de que me lo preguntara. ¡Me ha pasado una cosa!

—¿Qué te ha pasado?

—Es que no sé si debo hablar.

Con gente extraña. ¿Este señor es de confianza?

—De total confianza. Es soltero y liberal.

—Madre mía. ¡Aún quedan! Pues entonces hablaré.

Y nos contó la siguiente historia. Había ido al baile, y ya desde el comienzo se le había pegado un chico moreno, perfilado, aquilino. Muy guapo, vamos. Y ya desde los primeros bailes el joven la había preguntado:

—¿No me notas nada? ¿Seguro?

—Pues, no. No caigo.

—¿Ya me has visto bien? ¿Sabes a quién me parece? ¿No caes?

—Pues no. No caigo.

Entonces, el muchacho bajó la voz hasta rozar con los labios la orejita rosada de la muchacha y la hizo una revelación sensacional: era el sobrino de «El Lute». Y para acentuar la trascendencia de su revelación, redujo la distancia que le separaba de la muchacha al hipotético polvo atmosférico que puede quedar entre dos cuerpos atados por sus propios brazos, como si hicieran frente al frío siberiano o a una despedida de estación de película norteamericana, años cuarenta. El muchacho la contó problemas personales y familiares y la apretó aún más.

—Tenía en los brazos la fuerza de un rebelde —nos dijo la chica antes de abandonar el comedor con la bandeja donde se marchitaban los restos de leche frita—.

Los tres «patronos» nos quedamos anonadados. Mi amigo, que tiene una conciencia ética de padre y muy señor mío, fue el primero en reaccionar.

—¡Cuánto desaprensivo! ¡Ahora utilizan el mito de «El Lute» para «ligar»!

Y sin saber por qué, a pesar de mi repugnancia por las mitologías, yo sentía dentro de mí una extraña ternura por el «playboy» de baile popular, lo suficientemente inteligente para haber captado los misteriosos atributos del «luteísmo» para el «ligue», el misterioso calor-frío que el vuelo de la capa de Luis Candelas sigue dejando en el corazón de las muchachas, con o sin flor.

SIXTO CAMARA

CHILENO la Nacionalización del COBRE es un desafío al subdesarrollo

Más y mejores viviendas para todos



CHILE

EL COBRE ROJO

EL DERECHO MORAL CONTRA EL DERECHO DEL MAS FUERTE

El 11 de julio figura en el calendario chileno como Día de la Dignidad Nacional. Fue, en efecto, el 11 de julio del año pasado cuando el Congreso votó por unanimidad las leyes que iban a permitir a Salvador Allende la nacionalización de las minas de cobre explotadas por los americanos.

Esa unanimidad se perdió posteriormente. En los últimos meses, Chile ha ofrecido la imagen de un país desgarrado. Animado por el descontento provocado por el racionamiento de los géneros alimenticios, la oposición comenzó a elevar su tono de voz, a proferir amenazas.

Desde la semana pasada han cesado las críticas. Porque un peligro mayor que el socialismo amenaza actualmente al país: el embargo sobre el cobre, cuya venta proporciona a Chile nada menos que el 80 por 100 de sus divisas.

A petición de la compañía americana Kennecott Braden Corporation, el Tribunal de París autorizó, el 30 de septiembre, el embargo de un cargamento de 1.250 toneladas de cobre chileno en ruta hacia el puerto francés de Le Havre. El cobre procede de la mina de «El Teniente», que explotaba la Kennecott antes de su expropiación por el Gobierno chileno: expropiación sin indemnizaciones. La —todavía provisional— victoria conseguida por la compañía americana a través de los organismos de justicia fran-

ceses pueden animar a esta compañía y a otras a presentar demandas idénticas ante Tribunales de otros países compradores de cobre chileno: Alemania, Gran Bretaña, Italia y Japón. El cobre chileno recibiría así el estigma de «rojo», como lo recibió, en 1971, el petróleo argelino. Ahora bien, más de la mitad de la producción cuprífera chilena va a los países occidentales.

En Argelia, la simple amenaza de embargo sobre el petróleo argelino hizo ceder al Gobierno de Bumedian. Los chilenos, por el contrario, convencidos del derecho que les asiste, dicen estar decididos a no transigir frente a los «piratas», como los llama Pablo Neruda, el poeta embajador en Francia.

La batalla será dura: los chilenos se apoyan en la resolución de las Naciones Unidas de 14 de diciembre de 1962, que reconoce explícitamente el derecho de los pueblos a disponer soberanamente de las riquezas de su tierra. Pero la ley internacional no admite las expropiaciones sin indemnización. Los chilenos justifican la falta de pago de indemnizaciones por los beneficios excesivos que las compañías expropiadas han realizado durante los quince últimos años, pero el debate enfrenta el derecho moral al derecho del más fuerte. En 1953, la fuerza triunfó sobre Mussadeq. ■ CHRISTINA BENER.